

El estudio de los autores viene dividido en tres capítulos. En el primero, dedicado a los *precursores de la teología de la liberación*, se resume el pensamiento de Richard Schaul, Joseph Comblin y Rubem Alves. En el segundo, titulado los *fundadores de la teología de la Liberación*, se presentan las obras de Gustavo Gutiérrez y Hugo Assman. En el tercero, correspondiente a los *principales exponentes de la teología de la liberación*, se estudia a Eduardo Pironio, L. Boff, Juan L. Segundo, José Míguez Bonino y Helder Cámara.

El libro concluye con un largo capítulo dedicado a valorar los aciertos y desaciertos de la teología de la liberación. El A. hace notar que los teólogos latino-americanos de la liberación, generalmente, intentan elaborar una teología omniconclusiva, es decir, no intentan esclarecer a la luz de la fe cristiana el compromiso político de algunos miembros de la Iglesia, sino que intentan comprender toda la fe cristiana a la luz de la praxis de la liberación. Súmase a esto el que ellos no parten de un concepto cristiano de liberación —lo que la fe dice en torno a la liberación y salvación del hombre—, sino que toman como base de su teología un concepto socio-político de liberación. Este concepto, en vez de ser iluminado y sanado por la fe, se constituye en instrumento inapelable de reinterpretación y rectificación de la misma fe. Dos deficiencias más señala Mondin a la teología de la liberación, la “superficialità delle loro dottrine antropologiche” (p. 173), y el hecho de subordinar la ortodoxia a la ortopraxis, una praxis que, además, ha sido ya reducida a praxis política. “A mio avviso —prosigue Mondin— questa subordinazione della fede alla prassi, della ortodossia a la ortoprassi è inammissibile perchè qualsiasi azione per non essere cieca e stolta, ha bisogno di essere guidata e illuminata dalla ragione” (p. 178). Mondin concluye su estudio con unas páginas dedicadas a la liberación según San Pablo y al sentido histórico y escatológico de la liberación cristiana.

Nos encontramos, pues, ante un libro que ha sabido reunir acertadamente los autores más característicos de la teología de la liberación, exponer los matices que diferencian a estos autores entre sí, y realizar una crítica somera de algunas de sus afirmaciones principales, crítica que, por otra parte, no entra a fondo en la filosofía subyacente en estos escritos.

Lucas F. MATEO-SECO

SEMANAS DE ESTUDIOS TRINITARIOS, *Los carismas en la Iglesia*, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario, 1976, 216 pp., 17×24,5.

Se recogen en este volumen colectivo las ponencias del X Simposium de teología trinitaria, organizado habitualmente por el

Secretariado Trinitario en Salamanca con periodicidad anual. Como es también habitual, casi todos los trabajos publicados eran ya conocidos a través de la revista *Estudios Trinitarios*. La cuestión planteada en esta ocasión para ser estudiada desde variados puntos de vista, es la que da nombre al volumen: "Los carismas en la Iglesia", de la que tratan las distintas ponencias con cierta conexión básica dentro de una notable independencia. Posiblemente no podía ser de otro modo, pero a nuestro entender tiene el libro falta de unidad, lo cual hace imposible establecer un juicio global. Por otra parte, la extensión de cada artículo —lógicamente breve— y su estilo literario —de exposición oral en la mayor parte de los casos— no nos permite entrar a fondo en un diálogo con los autores, como hubiera sido nuestro interés. Nos limitaremos a una breve reseña.

Es preciso ante todo elogiar la elección del tema, tanto por su indudable interés teológico, que supera sus propias concreciones históricas, como por la actualidad práctica con la que hoy día se nos presenta. Lástima que las ponencias rehuyan en líneas generales el fondo de la cuestión, y se queden en su mayor parte en aspectos secundarios o bien en tratamientos de superficie de puntos donde se hubiese requerido ahondar.

Abre el libro una exposición de A. Ródenas sobre *La actuación carismática del Espíritu en la Biblia* (pp. 11-55), quien nos ofrece una reflexión exegético-teológica centrada principalmente en algunos aspectos de la revelación neotestamentaria. Nos parece oportuno señalar que algunos puntos de la exposición merecerían ser aquilatados con mayor precisión, pues se abusa de la conjetura o se aventuran ciertas conclusiones con excesiva rapidez: son frecuentes las expresiones "parece ser", "induce a pensar", "parece insinuar", "según parece", relativamente aceptables en un trabajo de este tipo. Conclusiones o afirmaciones poco fundamentadas serían, a nuestro parecer, las siguientes: *el relato de Pentecostés ha llegado hasta nosotros contaminado de leyenda* (página 21); *los tesalonicenses sentirían recelo hacia los carismas por su carácter orgiástico* (p. 22); *según 1 Cor 14, 23-25, el "mundo" ha venido a ser el criterio para discernir cuándo se realiza adecuadamente el servicio divino* (p. 25); *la expresión "pros tò symphéron" es de origen estoico y de marcado carácter profano, San Pablo la tomaría a propósito para usarla en 1 Cor 12, 7* (p. 26); *San Pablo pone la comunidad por encima de todo fenómeno carismático personal en 1, Cor 14, 39 s* (cuando más bien es la edificación de la comunidad) (p. 31). Por último, también convendría haber aclarado algo más las diferencias entre "servicios" y "función jerárquica" (p. 32), la disgresión sobre el hipotético origen democrático de la jerarquía (pp. 33-35) y, quizá, la afirmación de que el relato de Pentecostés no es necesario entenderlo en sentido estrictamente histórico, sobre todo por lo que toca a sus pormenores (p. 50).

J. Rius-Camps titula su intervención "*Memoria del hombre y memoria del Espíritu*" (pp. 57-95). Es un trabajo interesante que, partiendo de propias experiencias, intenta sugerir una visión original de la historia de la salvación. Tiene un defecto: la categoría utilizada ("memoria") es algo confusa, y parece reducir el papel del Espíritu a la introducción de "nuevos contenidos". Ello hace que se difuminen importantes realidades ontológicas a las que hubiera sido conveniente aludir: el pecado, la gracia, la Redención..., etcétera.

En algunos puntos se echa de menos una mayor claridad, como el tratar (p. 63, p. 69) de la razón de la muerte de Cristo, donde se subraya algún aspecto sin mencionar el fin propio que es la Redención; o bien, al hablar (p. 92) de la liturgia eucarística escribiendo con impropiedad que: "*De hecho toda la anáfora es consecratoria (como signo de la aceptación por parte de Dios de nuestros dones y de nuestra alabanza, los transforma en el Cuerpo y Sangre de su Hijo). Las teologías de escuela se han fijado posteriormente en un momento u otro (palabras de la consagración-epiklesis) asignándole un papel consecratorio*". Obvio es decir que tal afirmación es, tal como suena, inaceptable. Señalemos, por último, la peculiaridad del Autor en las traducciones de textos bíblicos: así, Mt 5, 3: "*Bienaventurados los que eligen ser pobres, porque ellos tienen a Dios por Rey*".

Continúa la obra con un trabajo de índole histórica: "*Movimientos carismáticos en España en el siglo xvi*" (pp. 97-123), del profesor Melquiades Andrés. Es un esbozo lleno de valor y sugerencias de gran interés en la línea habitual de este notable historiador.

José M.^a Rovira-Belloso trata una interesante cuestión: "*Los carismas según el Concilio Vaticano II*" (pp. 125-144). Plantea, sin embargo, el estudio desde un plano limitado, pues busca en los textos conciliares algo que el propio Concilio no se planteó, es decir un desarrollo "a nivel práctico" de la doctrina sobre los carismas. Por eso, quizá, hable de limitaciones en dichos textos, del defecto de no establecer lo que hay que hacer, del lenguaje prevalentemente formal y abstracto del Vaticano II, etc. ¿Por qué enfocar las cosas así, si es otro el enfoque conciliar? Lo que busca el Autor no se encuentra, hoy por hoy, ni en los tratados teológicos.

Jean Louis Leuba, profesor de la Facultad de Teología protestante de Neuchâtel, expone su opinión —prudente y seria— sobre "*Carisma e Institución*" (pp. 145-162), tema central en esta cuestión. Su ensayo de formulación teológica es interesante y valioso. En este mismo orden de cosas se mueve la ponencia de Bertrand de Margerie: "*Los carismas otorgados a la Iglesia por el Espíritu Santo, don de Dios*" (pp. 191-216). Es un apreciable esfuerzo de fijar el *status quaestionis*, con acertadas y precisas tesis: algo que el propio autor debería desarrollar más ampliamente.

El ensayo de A. Fierro, "*Movimientos carismáticos y movimiento liberador en la actualidad*" (pp. 163-189), requeriría de por sí un replanteamiento que pusiese en claro lo mucho que hay oscuro: algunas cosas no son, a nuestro entender, ni siquiera de recibo en una visión cristiana de la Iglesia.

Antonio ARANDA

Heribert MÜHLEN, *Espíritu, Carisma, Liberación. La renovación de la fe cristiana*, Salamanca, Secretariado Trinitario (Col. "Koinonia", 3), 1976, 287 pp., 14 × 21.

La presente obra del prof. Mühlen da la impresión de estar escrita de corrido, con urgencia y como con necesidad, tal es la fuerza y el vigor de sus convicciones. También está construida con inteligencia, según un plan ordenado y lógico, en el que se combina la investigación, el ensayo y la experiencia vivida. Esta última es el motor, por lo que parece, de sus reflexiones, que abordan un tema muy interesante aunque demasiado ambicioso. La lectura pausada nos lleva a la conclusión de que es mayor el deseo sincero de ofrecer un testimonio comprometido personal e intelectual, que proponer estrictamente una vía de renovación. Digámoslo mejor: la vía sí nos la quiere mostrar, lo que no se acaba de ver es la operatividad que pueda tener al nivel de la reflexión teológica.

La cuestión de fondo, el movimiento de renovación carismática que nos habla según sus expositores no de una nueva Iglesia carismática sino de una Iglesia carismática renovada, merece del teólogo, atención, respeto y estudio. Pero sobre todo necesita que se le dé tiempo antes de entrar en tomas de posición, no ya vitales sino —si fuera posible— asépticamente intelectuales. No estamos todavía hoy en condiciones de hacerlo con todo rigor, aunque siempre quepa decir vulgaridades al respecto o repetir tópicos en su favor o en contra. De todo ello prescindimos, por ahora, gustosamente.

Sí, en cambio, es preciso que el teólogo analice la obra de otro teólogo en la que, como en ésta de Heribert Mühlen, se nos ofrece un concreto fruto nacido de la mencionada cuestión de fondo. Al libro, pues, nos atenemos sin querer ir más lejos.

Y en el libro de Mühlen hay de todo: cosas de gran valor, aspectos imprecisos y afirmaciones que no compartimos. De las primeras no vamos a tratar en esta recensión, pues van en la línea